

La Caperucita Roja

1
1,5''
Habría una vez una niña llamada Caperucita Roja.

Todo el mundo la quería mucho, pero su abuelita era la que más la quería. Un día, su abuelita le hizo una caperuza de terciopelo rojo. A la niña le quedaba tan bien que nunca se la quitaba. Por eso todos la llamaban Caperucita Roja.

2
Un día su madre le dijo:

—Caperucita, quiero que vayas a ver a la abuela para llevarle esta cesta. Dentro hay una jarrita de miel y un pastel. Pero ten mucho cuidado cuando entres en el bosque: ve derecho a casa de la abuelita y no te entretengas por el camino.

La abuelita vivía muy lejos en el corazón del bosque.

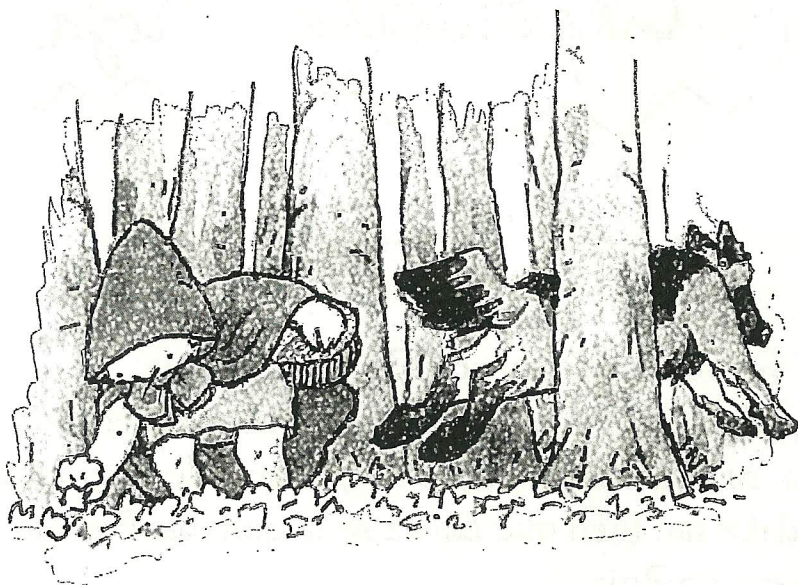
Cuando Caperucita llegó al bosque, el lobo salió a su encuentro y le dijo:

—Hola, Caperucita, ¿adónde vas tan temprano?

—Voy a ver a mi abuelita, que no se siente bien. Le llevo una jarrita de miel y un pastel.

—¿Dónde vive tu abuelita?

—Vive en el bosque muy lejos, en la casa que está bajo los tres encinos.



“Si me apuro, hoy comeré muy bien,” pensó el lobo. “Primero me comeré a la abuelita y de postre a la niña, ¡que debe estar muy tiernecita!”

—Ibas muy rápido, Caperucita —dijo el lobo en voz alta—. Ni te has dado cuenta de lo bonito que es el bosque. Aquí hay flores de todos los colores, pájaros que cantan en los árboles y los rayos del sol que juegan entre las hojas...

—¡Es cierto! —respondió la niña. Y luego añadió: —Haré un ramillete para la abuelita porque le gustan mucho las flores.

Y empezó a cortar flores mientras escuchaba el canto de los pájaros y admiraba el brillo del sol entre las hojas.

—Adiós, Caperucita —dijo el lobo.

Y aprovechó que la niña se había quedado recogiendo flores, para correr hacia la casa de la abuela.

El lobo llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la abuela.

Y el lobo, afinando la voz, dijo:

—Soy Caperucita Roja. Te traigo una jarrita de miel y un pastel.

—Entra, entra. La puerta está abierta. Yo estoy enferma y no puedo moverme de la cama.

El lobo abrió la puerta, corrió hacia la abuela y, ¡ZAS!, se la tragó de un solo bocado.

Después se vistió con el camisón y el gorro de dormir de la abuela y se metió en la cama a esperar a que llegara la niña.

Al poco tiempo, Caperucita Roja llegó a la casita bajo los tres encinos, con un hermoso ramo de flores en la mano.

Le extrañó un poco encontrar la puerta abierta.

—Soy yo, abuelita. Caperucita —dijo en voz alta.

Pero nadie contestó.

Caperucita se acercó poco a poco a la cama de la abuela y al verla le dijo:

—¡Ay, abuelita! ¡Qué orejas tan grandes tienes!

—Son para oírte mejor.

—¡Ay, abuelita! ¡Qué ojos tan grandes tienes!

—Son para verte mejor.

—¡Ay, abuelita! ¡Qué dientes tan grandes tienes!



— ¡E s para comerte mejor!

Y entonces el lobo atrapó a la niña y, ¡ZAS!, se tragó a Caperucita de un solo bocado.

Satisfecho después de una comida tan abundante, el lobo se echó a dormir y empezó a roncar.



P ero por suerte, pasaba por allí un cazador.

"Caramba" pensó. "¡Cómo ronca hoy la viejecita! ¿Será que está enferma?"

El cazador entró a la casa y vio al lobo dormido.

—Al fin te encuentro, malvado. ¡Ahora verás la que te espera!

El cazador tomó las enormes tijeras de la abuelita, le abrió la panza al lobo y de allí salieron contentas la abuela y Caperucita.

—¡Qué miedo! ¡Estaba todo tan oscuro! —dijo la niña y se fue corriendo a buscar dos grandes piedras. Las metió en la barriga abierta del lobo y la volvió a cerrar, cosiéndola bien cosida.



Cuando el lobo despertó, dio un salto para salir corriendo, pero el peso de las piedras le hizo caerse y allí mismo quedó muerto para siempre.

Caperucita, la abuela y el cazador se pusieron muy contentos. El cazador le quitó la piel al lobo, la abuela compartió la miel y el pastel, y después Caperucita Roja se fue derecho a su casa, sin detenerse en el camino.

- Fin -